

Nada es tan influyente y determinante en la vida del niño como el poder moral de un ejemplo silencioso

William Bennett

La crianza en los nuevos tiempos

La crianza como acción y efecto de criar significa orientar, educar y dirigir a los niños y jóvenes en la aventura de la vida, para que ellos puedan construir armónica y eficazmente sus metas del desarrollo humano integral y diverso: autoestima, autonomía, creatividad, felicidad, solidaridad y salud, todo en función de tejer resiliencia.

La era de la información y el desarrollo alcanzado por nuestros niños hacen de ellos unos nuevos sujetos de crianza con quienes es necesaria una aproximación asertiva en la que el diálogo, el ejemplo y el ejercicio de una autoridad benevolente les permitan la adquisición gradual de su autonomía, en un recorrido progresivo por los caminos hacia la libertad, de tal modo que se conviertan en personas felices y excelentes sujetos sociales.

Durante este apasionante proceso de la crianza los niños necesitan la presencia de adultos seguros. *No hay vientos favorables para quien no sabe a dónde va* afirmó Séneca, el gran filósofo. Nuestros hijos y alumnos necesitan saber hacia donde van y somos nosotros los encargados de insinuarles el camino a quienes tenemos bajo nuestro cuidado, función esta que debemos ejercer con serenidad y firmeza en un entorno amoroso y gratificante para todos.

Así como el niño pequeño capta la tensión de los brazos que lo cargan, el niño mayor percibe de manera clara los comportamientos inseguros y ambivalentes en que incurrimos en ocasiones como acompañantes de la crianza, cuando nos abruma las situaciones que debemos afrontar y las decisiones que debemos tomar.

La perplejidad, condición que acompaña la crisis actual del rol adulto, promueve con frecuencia la asunción por parte de los sujetos de crianza de situaciones y decisiones para las cuales los niños no están preparados, y que se van a traducir

en comportamientos y estilos de vida que no se compadecen con lo que nuestra sociedad necesita y espera.

Es pues indelegable nuestra responsabilidad como adultos significativos en el proceso de crianza, en consonancia con la sabia reflexión de Urie Brofenbrenner: *El valor de una sociedad debe juzgarse por el interés de una generación en la siguiente.*

¡Pero es que Isabela no habla!

María Piedad Puerta de Klínkert

La reunión familiar llegó a ese momento en que los niños están jugando en el parque, los adolescentes afuera “conspirando” y solo quedan los mayores hablando de sus hijos como en un tribunal de acusaciones:

- *A uno le dicen que para que los hijos no se pierdan hay que comunicarse con ellos. Pero, ¿cómo hacerlo si ellos lo miran a uno como si fueran de mejor familia y ni siquiera hablan! Isabela, por ejemplo, es como el quitaesmalte: se va cuando menos pienso aunque le tengo prohibido salir sin permiso. Y cuando resuelve aparecer después de que la he buscado por cielo mar y tierra con el corazón en la boca, no modula palabra ni da explicaciones*
- *Eso no es nada. Emilio resolvió volverse a mojar en la cama después de viejo, y ya no sé que hacer con él. No sirven las preguntas, los consejos, los regaños, que lo ponga en evidencia, que no le pare bolas... ¡Nada!*
- *Pues yo apenas estoy empezando y ya tengo problemas: Sebastián no se queda quieto un minuto. Todo el tiempo quiere estar jugando o corriendo. Yo hablo con él, lo aconsejo, él me promete cosas y luego no las cumple. Entonces lo tengo que castigar muy feo y no me gusta hacerlo, pero si no lo hago Pedro se enoja conmigo*

Por fin le llegó a la abuela la hora de hablar. Vean mijitos, les dijo: una de las cosas buenas de la vejez es que ya ustedes están grandes y uno puede mirar al mismo tiempo para atrás y para adelante.

Hacia atrás, para observar los errores que cometimos cuando los estábamos criando, con todo y la buena voluntad que tuvimos, para constatar como las cosas a la larga funcionaron bien a pesar de todo. Mirar para adelante nos permite ver desde afuera lo que les está pasando con sus hijos, para poderles ayudar con sus angustias, sus decepciones y sus miedos.

Su papá y yo aprendimos, a fuerza de rabias, miedos y tristezas, que ustedes no solamente hablaban con palabras, sino que había muchas cosas muy importantes que nos decían de manera diferente: a veces con el silencio, a veces con una rabieta, otras cuando se robaban un borrador en el colegio o cuando se quedaban encerrados en la casa y no salían a jugar con otros niños.

Las mentiras de ustedes sí que nos enseñaron, después de que nos sentimos desesperados porque creímos que se cumpliría con ustedes el dicho de que “todo mentiroso es ladrón”. Y después de pasar los sustos cuando se iban de la casa o amenazaban con hacerlo, también descubrimos muchas cosas sobre ustedes y nosotros.

Poco a poco fuimos descubriendo que todas esas cosas que a nosotros nos parecían problemas graves, eran más que todo una forma que ustedes tenían de decirnos algo que no sabían como expresar, o que no se atrevían a decir por miedo a que los castigáramos o simplemente porque creían que no los escucharíamos o no tendríamos en cuenta lo que querían pedirnos.

Si mijitos: cuando alguien en la familia tiene un problema, **es más fácil averiguarlo si se le presta atención**. ¿Que cómo hacen para saber de quién es el problema? Pues fácil: el que se queja es el que lo tiene y necesita ser escuchado, no castigado o regañado. Por ejemplo, las voladas y los silencios de Isabela, las mojadas en la cama de Emilio y los berrinches de Sebastián **son formas de decir que algo no está funcionando para ellos**, pero que no saben como expresarlo de otra manera.

Mientras gritan, regañan, echan cantaleta, amenazan, aconsejan, interrogan o golpean a sus hijos pierden un tiempo precioso que podrían emplear averiguando qué es lo que les están tratando de decir, y se arriesgan a hacer que el problema y la distancia entre ustedes y ellos crezcan.

Más bien comiencen por observarlos con atención y hacerse preguntas a ustedes mismos:

- ¿Desde cuando está actuando así?
- ¿Tiene esa actitud todo el tiempo o solo en algunos momentos? ¿En cuáles específicamente?
- ¿Ha sucedido algo en la familia que coincida más o menos con el tiempo que lleva mi hijo actuando así?
- ¿Hay algún otro cambio en él o se trata solamente de este?

Mire Jaime: acuérdesese de aquella noche hace más o menos un mes, cuando Isabela llegó tarde del colegio y venía rara. Usted mismo me lo comentó. ¿No es desde esa vez que ella se ha volado de la casa en dos oportunidades, y cuando por fin usted la encuentra ella no modula palabra?

Para mí que ese día hizo alguna diablura, se siente culpable y tiene miedo de que la castiguen si confiesa. Tal vez por eso ha intentado irse de la casa. ¿Por qué no se le acerca con calma, con mucho cariño y le pregunta directamente, pero sin regañarla?

- *Pero mamá, ¿no ve que Martha no hace sino preguntarle, y mientras más le pregunta más se queda callada?* No se trata simplemente de preguntarle muchas veces, sino de hacerlo en un tono afectuoso, en una actitud que abra la puerta para hablar, que ella sienta que ustedes están dispuestos a escucharla y a seguirla queriendo a pesar de lo que haya hecho.
- *¿O sea que si hizo algo malo no la castigamos? ¿En qué va a terminar convertida esa muchacha si no la corregimos?* Espere Jaime que estamos hablando de dos cosas distintas: una es la conversación que ustedes deben iniciar, y para que puedan tenerla deben ser abiertos, afectuosos, respetuosos, mostrarse dispuestos a escuchar, sobre todo acerca de los sentimientos de Isabela
- *¿Y entonces cómo hacemos con la falta?* Precisamente: la otra cosa tiene que ver con la falta que tal vez pudo haber cometido. Por esa, si es que la cometió, debe ser sancionada de tal forma que ella aprenda algo importante de esa experiencia para su vida. No se trata de cualquier castigo o simplemente de que le duela mucho. La idea es que ella pueda aprender, gracias a eso, cuál es la forma correcta de actuar cuando se le vuelva a presentar una situación semejante

En ese momento, Aracelly preguntó: **¿entonces también Emilio debe haber cometido una falta?** No necesariamente. Piense bien desde cuándo empezó a mojar la cama. Pues desde diciembre, mamá. ¿Y qué pasó en diciembre? Que yo recuerde..., ¡nada!

¿Está segura? Pues tal vez sí. Fue cuando me di cuenta de que Bernardo andaba con esa mujer, y desde esa época no hemos hecho sino tener problemas. ¿Pero eso qué tiene que ver? ¡Mucho Aracelly! Piense: ¿si usted fuera Emilio y viera a sus papás gritarse a cada rato, amenazarse, insultarse, qué sentiría?

Viéndolo bien, él si se pone muy nervioso cada vez que Bernardo y yo peleamos, y casi siempre va y se encierra en la pieza. ¿Si ve que tengo razón? ¿Y entonces qué hago? Hable con el niño, dígame que usted se ha dado cuenta del miedo que él siente cuando usted y el papá pelean y hágale sentir confianza para hablar con usted sobre el asunto.

Déjelo hablar sin interrumpirlo, respete sus sentimientos y permita que los sienta y que los exprese sin criticarlo. Eso le ayudará a descargarse, aumentará la confianza que tiene en usted y se sentirá apoyado. ¿Y con eso va a dejar ese vicio tan feo? Poco a poco, mientras más tranquilo se sienta, no necesitará expresarse de esa manera, porque ya sabe que usted lo escucha con atención y respeto y puede expresarse con palabras en lugar de mojar la cama.

Carmen, la nuera, aprovechó para preguntar: doña Berta, ¿y yo qué hago con Sebastián? Cuando llegamos de trabajar él todavía tiene combustible para rato y no hay manera de controlarlo porque no hace caso.

Ese es uno de los problemas que trae esperar mucho tiempo antes de tener hijos: que cuando los tienen, ellos están nuevos y ustedes ya comienzan a estar viejos, de tal forma que les queda muy difícil seguirles el ritmo. Y si a eso se le agrega que se llenan de trabajo para mantener un nivel de vida alto, y además de compromisos sociales, cuando se encuentran con el niño ya están más que rendidos, ¿cómo van a tener entonces alientos para escucharle sus aventuras, jugar un rato con él o leerle un cuento sin quedarse dormidos?

Pero fíjese que no somos solamente Pedro y yo los que notamos la hiperactividad. Gloria, la persona que lo cuida ya se ha quejado varias veces. ¿Se han dado cuenta de que ella es mucho mayor que ustedes? Está en edad de ver niños de vez en cuando pero no de cuidarlos todo el tiempo porque difícilmente puede tenerles paciencia.

El problema no es de Sebastián sino de ustedes y por lo tanto no se resuelve con consejos o castigos. Además, no sé si se han dado cuenta de que no se ponen de acuerdo a la hora de corregirlo: a usted no le gusta castigarlo, pero Pedro se enoja si no lo hace, lo que muy probablemente nota Sebastián y eso hace más difícil la situación.

Si mamá, expresa Pedro. Para usted es muy fácil decir todo eso porque no le toca cuidarlo y no se da cuenta de todo lo que hacemos Carmen y yo para controlar a ese muchachito, pero no le vale nada. Parece un títere.

Estoy de acuerdo con lo que dice, pero también tengo mi parte de razón, porque los puedo observar desde afuera y desde mi experiencia, que me permite apreciar mejor. Además, ustedes me quedaron muy bien criaditos. ¿O no?

Bueno. Entonces díganos **qué podemos hacer**. Comiencen por revisar todas las cosas que hacen en la semana y descarten aquellas que no son tan importantes. Ustedes a veces se llenan de compromisos que les dan más cansancio que satisfacción. **El tiempo que se deja de pasar con los hijos no vuelve y puede dejar un vacío hondo en el corazón de todos.**

Dediquen también un tiempo en la semana solamente para descansar y limpiarse la mente, que sea tan sagrado como el horario de trabajo. Eso hará que se sientan más dispuestos a seguirle el ritmo a Sebastián. Organicen de manera diferente las labores domésticas y sean menos rígidos con ellas.

En tantos años yo he aprendido que hay oficios que no es necesario hacer todos los días, y hoy en día no es extraño que el hombre participe de las tareas del hogar. De esa forma podrán encontrar un tiempo para compartir con Sebastián haciendo lo que él elija: su juego, su lectura, su conversación...

Bueno mamá, preguntan hijos, nueras y yernos: en resumidas cuentas, **¿no sabemos ser papás? ¿No sabemos manejar la autoridad?**

No mijitos. Lo que pasa es que **autoridad sin comunicación no funciona**, y para comunicarse hay que aprender a hablar, pero también a escuchar. Se escuchan las palabras de los hijos, pero sobre todo los sentimientos, aquello que dicen sin palabras, con sus silencios, sus gestos o sus comportamientos a veces extraños para los padres.

Ser padres es algo que se va aprendiendo poco a poco, a medida que se vive, siempre y cuando se preste atención, se observe, se escuche. Por eso yo les puedo decir ahora todo lo que les digo: porque con el paso de los años fui aprendiendo a escucharlos con respeto y a tenerlos en cuenta, a expresarles de muchas formas que los amo y los acepto como son, a corregirlos con firmeza, justicia y misericordia cada vez que fue necesario.

Tal vez ahora que ustedes son padres también puedan comprender mejor muchas cosas que vivimos y aprendimos juntos cuando su papá y yo los criábamos, cosas que tal vez en aquella época ustedes o yo no entendimos y a lo mejor nos dolieron, pero que con el transcurrir del tiempo se fue haciendo claro como la luz del día.

Aprendan de sus errores y valoren lo que logran en la comunicación y el ejercicio de la autoridad con sus hijos, pues eso será cada vez de mayor utilidad para ustedes y ellos.

Lecturas recomendadas

Ackerman P, Kappelman M. *Señales*. New York: Granica; 1978.

Gordon T. *Padres eficaz y técnicamente preparados*. México: Diana; 1987.

Gómez JF, Posada Á, Ramírez H. *Puericultura el arte de la crianza*. Bogotá: Editorial Médica Panamericana; 2000.

Gómez JF, Posada Á, Ramírez H. *El niño sano*. 3ª ed. Bogotá: Editorial Médica Panamericana; 2005.